

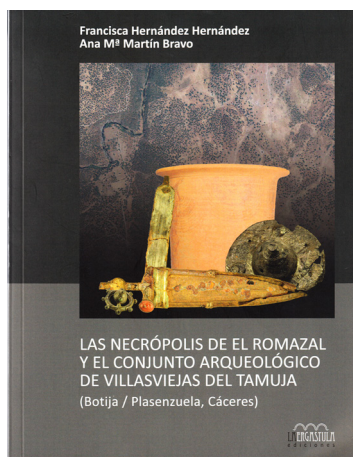
**Complutum**

ISSN: 1131-6993

<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.62405>


 EDICIONES  
COMPLUTENSE

Francisca Hernández Hernández y Ana M<sup>a</sup> Martín Bravo, *Las necrópolis de El Romazal y el conjunto arqueológico de las Villasviejas del Tamuja (Botija/Plasenzuela, Cáceres)*, Ediciones de La Ergástula, S. L., Madrid, 2017. ISBN: 978-84-16242-32-0; 466 páginas con numerosas ilustraciones en blanco y negro y color.



La publicación de esta obra, muy esperada por su interés, debe ser saludada con satisfacción por los estudiosos de la Edad del Hierro de la Península Ibérica. Como su título indica, recoge los resultados de las excavaciones de las necrópolis de El Romazal, asociada al castro de Villasviejas del Tamuja, en Botija (Cáceres), uno de los más interesantes de la Edad del Hierro de Extremadura y de toda la *Hispania Celtica* por sus especiales y sorprendentes relaciones con áreas relativamente alejadas del mundo celtibérico.

Sus autoras son bien conocidas por su labor en la arqueología extremeña. La Prof<sup>a</sup> Francisca Hernández ha excavado con constancia en Villasviejas (Botija) desde los años 1980, mientras que la Dra. Ana M<sup>a</sup> Martín Bravo es una de las más reconocidas especialistas en la Protohistoria de Extremadura. Su trabajo conjunto, apoyado por numerosos especialistas, ha logrado superar, gracias a su esfuerzo personal, que es muy de agradecer y digno del mayor elogio, la falta de apoyo de la Administración, en especial por la penuria de medios para el estudio de los materiales, como con discreción se narra al explicar el desarrollo de los trabajos en la *Introducción*, que es una interesante

aportación a la verdadera historiografía de la Arqueología española.

Tras la *Introducción*, la obra se ha estructurado en siete capítulos finalizados con unas *Conclusiones* y seguidos de la *Bibliografía*. Después, se recogen, a modo de apéndices, nueve “Estudios complementarios” sobre aspectos especializados. El capítulo 1 (p. 17-30) se dedica a la excavación de la necrópolis de El Romazal. Se exponen su situación geográfica y el método y desarrollo de las seis campañas de excavaciones efectuadas desde 1988 hasta 1996. De especial interés es el apartado dedicado a las *Características de la necrópolis*, situada a más de 1 km del poblado y fuera de su alcance visual, y al *Ritual funerario* de las 274 tumbas localizadas. Éstas, descritas con precisión, “consisten en la colocación de la urna con los restos de la cremación en un hoyo o rebaje de la pizarra natural” (p. 25), con los objetos pequeños del ajuar dispuestos sin normas en el interior de la urna y los de mayor tamaño, como las armas, debajo, encima o al lado de ésta.

El capítulo 2 (p. 31-160) es otra parte fundamental de la obra, pues ofrece la descripción de los enterramientos y el inventario de los ajuares. Hay que destacar la calidad de las ilustraciones, tanto de cerámicas como de las armas y objetos de metal, acompañados de las plantas a color de las cuadrículas excavadas, con fotografías de las tumbas más interesantes, y de alguna pieza excepcional, como el *kalathos* ibérico usado como urna en la tumba 135 (fig. 71, p. 93). Tras las sepulturas, se describen los materiales aparecidos fuera de contexto (p. 148-160), que complementan la información de las sepulturas. El capítulo 3 se dedica a la “Estructura y organización interna” de la necrópolis (p. 161-165). La distribución de los enterramientos evidencia 5 o 6 concentraciones (fig. 127), separadas por espacios vacíos, que reflejan “lazos familiares

que deseaban potenciar más allá de la muerte” (p. 161). Esta estructura, documentada en otras necrópolis cacereñas e hispano-celtas se pone en relación con las llamadas “organizaciones suprafamiliares”, pues reflejan la estructura en clanes gentilicios de la sociedad celta, dentro de las que la riqueza de tumbas y ajuares permite apreciar diferencias sociales.

El capítulo 4 es un detallado estudio de los materiales (p. 167-242) y una de las partes fundamentales de la obra. Tras las urnas y vasos de ofrendas, cuyo aspecto originario se reconstruye infográficamente, se analizan los ajuares metálicos, entre los que destacan las armas. Frente a 2 espadas de La Tène, predominan los puñales (23,5%), cuya tipología indica relaciones con la Meseta Norte. Sin embargo, el arma más habitual (43%) es la lanza, pues estos guerreros se consideraban “lanceros”, de *lancea*, palabra hispana según Varrón. También se estudian los restantes materiales, entre los que destacan 36 fibulas, 4 broches de cinturón (p. 239, fig. 175) y 2 entalles de anillo, uno con una cabra (p. 240, fig. 173), animal asociado al culto a Ataecina, extendido por tierras cacereñas (Almagro-Gorbea, 2018).

Si las armas son el elemento que más llama la atención por su importancia y significado social e ideológico y como indicio de la inestabilidad bélica de la época, no menos interés tienen las 36 fibulas aparecidas, aunque sólo se recogen conjuntamente de forma gráfica 18, cuya organización tipológica hubiera sido muy esclarecedora (fig. 167, p. 231). Las fibulas permiten fechar en la medida que se precisa su cronología, pero son un producto del artesanado que seguía modas y que era un elemento de autoidentificación, hecho pocas veces valorado, pero que permite llegar a conocer el origen y movimientos de sus poseedores. La mayoría de las fibulas aparecidas en la necrópolis de El Romazal son de La Tène II evolucionada, con el pie largo unido al puente, pero sin llegar a soldarse, por lo que, en general, tienen sus paralelos de la *Hispania Celtica*, en especial en el área celtibérica (Argente, 1994). Sin embargo, junto a este tipo local mayoritario, aparecen fibulas claramente minoritarias de carácter “exótico” con el especial interés de documentar la creciente movilidad de gentes de diversas procedencias, especialmente guerreros, por gran parte de la *Hispania Celtica*.

Las autoras han identificado 4 fibulas “transmontanas” y 1 “de torrecilla”, además de una fibula simétrica de doble pie, una de

caballito y otra anular fundida, tipos minoritarios en esta necrópolis, que son indicio de una creciente movilidad que conviene señalar. Las 4 fibulas “transmontanas”, a pesar del hallazgo de piezas similares en áreas muy diversas (Ponte, 2006; Míguez, 2013), como señalan las autoras, indicarían la presencia de lusitanos originarios de Portugal (Míguez, 2013: fig. 4), donde estas fibulas son especialmente frecuentes, pues las correrías lusitanas recogidas por las fuentes clásicas alcanzaron el Suroeste hasta su enfrentamiento a Roma en las Guerras Lusitanas, hecho que no debe ser olvidado, aunque sea como hipótesis. Lo mismo plantea la fibula de caballito, cuya relación con celtíberos del área numantina ha sido señalada (Almagro-Gorbea y Torres, 1999), igual que ocurre con la fibula simétrica (Argente, 1994: fig. 32), mientras que la fibula “de torrecilla” (p. 234) y la anular fundida con botones decorativos son originarias de áreas septentrionales de la Meseta Norte, quizás de la Bureba (Cuadrado, 1960; Schüle, 1969, lám. 164, n° 19).

El capítulo 5 es el estudio antropológico y paleopatológico de los restos óseos realizado por el Dr. Reverte Coma (p. 243-250), con amplia experiencia en este tipo de estudios, de difícil análisis por la escasez de restos conservados. Aún con estas limitaciones y el correspondiente riesgo de error, se han identificado 53 mujeres, 22 varones y 41 niños, quedando otros 64 restos indefinidos (fig. 176). Destaca el sorprendente predominio de mujeres sobre varones, 53 frente a 22, pero el cálculo de la esperanza de vida no tiene en cuenta la infra-representación de la mortalidad infantil, ya que se debe calcular por extrapolación con poblaciones conocidas, como se hizo en Medellín (Almagro-Gorbea, 2008: 920 s.), estudio que parece desconocerse a pesar de ser la mejor referencia en el Suroeste de Hispania.

El capítulo 6 se dedica a 11 tumbas halladas en una campaña de excavaciones efectuada en la necrópolis de El Romazal II, situada al norte de la anterior (p. 251-262). Tienen el interés de su mayor alejamiento del poblado y de ser algo anteriores, pues hay una urna con borde de pico de ganso y fibulas de la Tène IB con el pie vuelto moldurado anteriores a las de El Romazal I, lo que indica un siglo IV avanzado o un siglo III a.C., aunque la escasez de tumbas y la ausencia de armas no permita precisar esta aparente estratigrafía horizontal.

El último capítulo es el 7, titulado *El conjunto arqueológico de Villasviejas del Tamuja*

(p. 263-311), en el que se expone la relación del *oppidum* con las necrópolis hasta ahora localizadas, El Romazal I y II y El Mercadillo. El análisis detallado de los materiales ha permitido identificar una fase inicial del poblado amurallado en el meandro del río Tamuja data a partir del siglo IV a.C., que coincide con los materiales de la necrópolis de El Mercadillo, situada al sur, mientras que la fase final coincide con la necrópolis de El Romazal I que llega al siglo I a.C.

Un apartado se dedica a “La discutida localización de la ceca de *Tamusia* en Villasviejas del Tamuja” (p. 299-311). En él se toca, de pasada, la etimología de *Tamusia*-Tamuja, inclinándose por suponerlo derivado del nombre del río, que sería un hidrónimo indoeuropeo antiguo siguiendo a Villar (1995). Sin embargo, no valora que “tamuja, -o” es un arbusto euforbiáceo, denominado científicamente *Securinea buxifolia*, L., característico de las márgenes de los ríos, como indica el *Diccionario de la Academia Española* (s.v.), lo que supone una estrecha relación entre este nombre de planta y el topónimo, seguramente derivado de ella. El término se utiliza en Portugal (*tamuge*), Extremadura (*tamujo*) y llega hasta Valladolid (*tamujo* “leña menuda”), según recoge Corominas (1957: 364-365), quien considera celta la raíz \**tammu-* con el sufijo *-uco-*, aunque Hubschmid (1960: 62) la relaciona con *támara* y *tamo*, de la raíz no indoeuropea romanizada *tamarae*, “renuevos, ramas jóvenes”, presente en diversas zonas del Mediterráneo Occidental. Respecto a la ceca de *Tamusia*, frente a los argumentos expuestos, la aparición de decenas de monedas de una ceca tan rara en esa zona, aunque sea por desgracia “fruto de la exhumación de furtivos” (p. 302), es una prueba concluyente, como es casi generalmente aceptada, pues esos “aficionados con detectores de metales”, que utilizan con ventaja estos nuevos métodos frente a las limitaciones de los arqueólogos profesionales, son también -y no es casualidad- quienes localizaron las necrópolis y tienen noticia de una cuarta todavía no excavada (p. 301), con el riesgo, ya habitual, de que cuando lleguen los arqueólogos oficiales habrá sido saqueada. Y este mismo problema plantean las téseras de hospitalidad atribuidas a Villasviejas (p. 306-308), como ocurre con la mayoría de las téseras halladas en Hispania, pues, de las cerca de 70 conocidas, sólo 2 ó 3 proceden de excavaciones oficiales (Almagro-Gorbea y Ballester,

2017). La situación es penosa, pero hay que recoger y valorar, siempre con prudencia, las noticias de estos hallazgos fraudulentos, pues no se puede prescindir de una información tan importante desde tantos puntos de vista.

La obra finaliza con unas *Conclusiones* de gran interés (p. 313-324), que podrían seguir un orden distinto: primero las “pautas del territorio”, después “los rasgos esenciales de las necrópolis” y “los cambios de la sociedad” para finalizar con “la etapa final del poblado”. El estudio del territorio del castro (p. 319-322) es una brillante síntesis de los recursos explotados. Comienza a ocuparse en el paso del II al I milenio a.C. con pequeños poblados en alto y en la llanura, pero sólo a partir de mediados del I milenio a.C. se ocupa de forma continua el meandro del río Tamuja y otras áreas próximas, aunque sólo se fortificó el castro de Villasviejas. El castro estaba rodeado de pequeños núcleos abiertos dedicados a diversas actividades y ocupados hasta el final por gentes de bajo nivel social, como evidencian sus cerámicas (p. 321). El castro “vertebraba” estos poblados subordinados, lo que supone un territorio complejo con una población central, que, desde este punto de vista, debe interpretarse como un *oppidum* que controlaba el territorio con características iniciales de una pequeña ciudad-estado (Almagro-Gorbea, 1995: 26 s.).

Es esencial la secuencia entre las distintas necrópolis (p. 3213-315): El Mercadillo (siglos IV a.C.), El Romazal II (siglo III a.C.) y El Romazal I (siglos II-inicios I a.C.), y el análisis de los cambios en la sociedad (p. 315-318). En El Mercadillo aprecian las autoras “una organización central del espacio funerario, marcado por la presencia de túmulos, donde sólo se enterraron unos pocos individuos, ... varones o mujeres”, frente a los cinco núcleos identificados en El Romazal I, que evidencian clanes gentilicios (*vid. supra*), entre los que descuellan unos pocos individuos enterrados con armas, lo que indicaría un proceso local de isonomía paralelo al aumento de riqueza. Ese aumento de riqueza parece ir asociado a un cambio hacia una agricultura cerealista (*Análisis polínico...*, p. 373 s.) y a la intensificación de la ganadería (*Informe zoológico...*, p. 381 s.), quizás con una creciente especialización en la producción de jamones y productos del cerdo (p. 317), hechos reflejados en la dieta (*Paleodieta de la población...*, p. 397 s.). En este cuadro general, es de especial relevancia “el alto porcentaje de mujeres

frente al de hombres durante toda la vida del castro”, que se explica por “una mayor mortalidad lejos del castro para los varones que participan en incursiones guerreras”, hipótesis valiente y atractiva, que creemos asumible a partir de los restos conservados. También, en las conclusiones, resalta la división cultural señalada entre las áreas orientales y occidentales de Cáceres. Las orientales ofrecen influjos meridionales, como evidencia el interesante signario tartesio aparecido (p. 433), aunque posteriormente se celtiberizaron, como otras muchas áreas de la *Hispania Celtica*, lo que refleja una población de vetones, distinta de las zonas occidentales (Cabello, 1992), cuya tradición atlántica prosigue el substrato lusitano desde la Edad del Bronce y que se refleja en la onomástica y la teonimia, aunque no se toque este tema.

Es muy importante la destrucción de la muralla en la última etapa de Villasviejas, a la que apenas se alude de pasada (p. 321) y cuya datación no se precisa, aunque se relaciona con la *deditio* de Alcántara del 104 a.C., lo que no excluye que fuera destruida en cualquier episodio bélico a partir de las guerras lusitanas, sea o no conocido. La destrucción de la muralla supone perder un elemento esencial para la guerra, pero también perder la independencia política, jurídica y económica, hecho esencial en la historia del castro. Sin embargo, aunque la presencia romana se deja notar cada vez más, como es lógico, de los restos hallados no se deduce que exista un “ejército oculto en asentamiento indígenas” (p. 321), ni que “el poblado de Villasviejas debió desempeñar una función campamental” (p. 324), pues todo el armamento aparecido es indígena. Este armamento debe relacionarse con otros objetos celtibéricos, como fibulas, y con un dato tan relevante como la ceca de *Tamusia* (*vid. supra*), de tipología tan próxima a la de *Sekaiza* y cuya relación con Villasviejas debe ser aceptada a juzgar por los datos existentes, en contra de la opinión repetidas veces mantenida en la obra, sin excluir la hipótesis de que *Tamusia* pasara a ser una “colonia” celtibérica, quizás fundada por gentes huidas de *Secaiza*.

El final de la obra, tras la *Bibliografía*, recoge los denominados “Estudios complemen-

tarios” llevados a cabo por distintos especialistas: *Análisis volumétrico de las urnas funerarias* (p. 341-349), *Análisis antropológico y paleopatológico de la necrópolis* de El Romazal I (p. 351-369) y de El Romazal II (p. 371-372), *Análisis polínico* (p. 373-379) (*Informe zooarqueológico...*, p. 381-395), (*Paleodietas de la población ibérica (sic) de Villasviejas del Tamuja* (p. 397-416), *Estudio científico-técnico de materiales cerámicos... de las necrópolis de El Romazal* (p. 417-432), *El Abecedario paleohispánico meridional del ostrakon de Villasviejas del Tamuja* (p. 433-447) y *Metales y metalurgia en el entorno de Villasviejas del Tamuja* (p. 449-465). Llama la atención el estudio del *Abecedario paleohispánico meridional* de J. Ferrer (p. 433-447), pues, junto al de Espanca y al abecedario latino de Vale da Casa en Foz Coa (de Hoz, 2014), documentan la introducción de la escritura por las áreas occidentales de Hispania.

Como conclusión, reiteramos la gran importancia de esta obra y del yacimiento estudiado. Los aspectos y tesis discutibles no le restan interés, por lo que es obligado felicitar a sus autoras por el resultado obtenido y por el esfuerzo personal puesto para lograrlo, que es el mejor testimonio de su alta cualificación profesional, más todavía cuando tantos yacimientos, que se destruyen al ser excavados, quedan después sin un estudio publicado en una monografía que dé a conocer los resultados obtenidos, responsabilidad esencial de quien se precie de ser un buen arqueólogo.

Esta monografía queda como una aportación fundamental para conocer la Edad del Hierro en Extremadura dentro del marco del Suroeste de la Península Ibérica y de la *Hispania Celtica*, para las que pasa a ser referencia obligada sus aportaciones sobre la cultura material, el territorio y la estructura socio-económica. En resumen, hay que felicitar a sus autoras por una información tan importante, que complementa estudios anteriores, y que ofrece para un yacimiento tan importante un estudio valioso y bien editado, lo que merece el mayor elogio como testimonio de un buen trabajo profesional.

Martín Almagro-Gorbea  
Real Academia de la Historia



## Bibliografía

- Almagro-Gorbea, M., (2008): “Demografía y sociedad”, en M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín, III (Bibliotheca Archaeologica Hispana 26-3)*, Madrid, 907-948.
- , (2018): “Las cabritas de bronce de la diosa *Ataecina*”. *Estudios Arqueológicos de Oeiras*, 24, 391-430.
- , (1995): “El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y *oppida* en la Península Ibérica”, en M. Almagro-Gorbea y A. M<sup>a</sup> Martín, eds., *Castros y oppida de Extremadura*. Madrid, 13-75.
- y Ballester, X., (2017): “Dos Nuevas Téseras de Hospitalidad Hispanocélticas en Latín. Una Aportación al Estudio de las Téseras Hispanocélticas”, *Lyburna*, 10, 19-45.
- y Torres, M., (1999): *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica (Institución Fernando el Católico n° 1974)*, Zaragoza.
- Argente, J. L., (1989): *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Su valoración tipológica, cultural y cronológica (Excavaciones Arqueológicas en España 168)*. Madrid.
- Cabello, R., (1992): “La cerámica pintada de la II Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo”, *Norba*, 11-12, 99-128.
- Corominas, J., (1957): *Diccionario crítico etimológico de la Lengua Castellana*, IV, Madrid.
- Cuadrado, E., (1960-1961): “Fibulas anulares típicas del norte de la Meseta Castellana”. *Archivo Español de Arqueología*, 33-34, 64-98.
- Hoz, J. De, (2014): “El abecedario latino de Vale da Casa (Vila Nova de Foz Côa, Portugal)”, *Palaeohispanica*, 14, 189-204.
- Hubschmid, J. (1960): “Lenguas prerromanas no indoeuropeas: testimonios románicos”, *Enciclopedia Lingüística Hispana I*, Madrid: 29-66.
- Míguez, J. N., (2013): “As fibulas de tipo Schüle H4 no Sudoeste da península Iberica”. *VI Congreso de Arqueología del Suroeste Peninsular*, Villafranca de los Barros, 1303-1326.
- Ponte, M. Salete da, (2006): *Corpus Signorum das Fibulas Prerromanas e Romanas de Portugal*, Coimbra.
- Schüle, W., 1969: *Die MesetaKulturen der Iberischen Halbinsel (Madrider Forschungen 3)*. Berlin.
- Villar, F., 1995: “El hidrónimo prerromano Tamusia, moderno Tamuja”, *Hispano-Gallo-Brittonica. Essays in honour of Professor Ellis Evans on the occasion of his sixty-fifth birthday*, Cardif, 260-277.